**Domingo III del Tiempo Ordinario -ciclo C-**

 **“el Espíritu del Señor está sobre mí, me ha enviado…”**

**Textos:** Nehemías 8,2-4-6. 8-10; Salmo 18, 8-10. 15;

1Corintios 12, 12-14.27;

LUCAS 1,1-4; 4,14-21

Los textos de este domingo nos sitúan ante dos “comienzos”: primero, el comienzo del pueblo judío a su regreso a la tierra de Palestina *(año 458aC, aprox.)* después de la deportación en Babilonia; el segundo, el comienzo de la proclamación del reino de Dios a través de Jesús de Nazaret. En el primer escenario, el escriba-sacerdote Edras lee *“ante todo el pueblo”* el libro reencontrado que se supone contiene la Ley dada a Moisés; en el segundo escenario, siglos después, Jesús asiste en sábado a la Sinagoga de su pueblo, y levantándose para leer ante la asamblea, busca en el libro que le entregan del profeta Isaías un texto que se aplica a sí mismo y que -dice él, para asombro y escándalo de sus vecinos-, da comienzo al tiempo del cumplimiento de la promesas.

Ante el mensaje de este domingo, deberíamos preguntarnos en qué tiempo nos ha tocado vivir y cómo lo vivimos. Para orientar la respuesta quizá nos ayude, y mucho, reflexionar sobre el mensaje del apóstol Pablo a la comunidad de Corintio, en realidad a todas las comunidades reunidas en torno a la persona y al mensaje de Jesús, el Señor. También a la Iglesia de hoy y a cada una de nuestras comunidades. Porque: *“las palabras del Señor son espíritu y vida”*¡Siempre!

 En el texto del libro de Nehemías, el líder del pueblo regresado del exilio, que ha vivido el llamado *“segundo éxodo”* tan intenso y significativo como el primero, se pone énfasis en las posturas que toman tanto Edras, y los levitas lectores, como la asamblea que escucha. Hay en ambos protagonistas una actitud de respeto máximo a la palabra proclamada con unción y bendición, y escuchada con absoluta devoción. La palabra se proclama desde *un lugar elevado*, ante un pueblo que para escuchar se pone *en pie*, mientras que el lector asume una actitud de humilde sumisión*: “se postró rostro en tierra ante el Señor”.* Es decir: toda su persona, desde lo más auténtico (eso significa el término usado “rostro”) se inclina ante la Palabra de Dios. La lectura se hace “con claridad” y “explicándola debidamente”, enseñando a todo el pueblo. La proclamación y escucha de la palabra es motivo de alegría, de celebración y de fiesta para todo el pueblo oyente, con inteligencia para comprender y comprometerse: *“… pues el gozo en el Señor es vuestra fortaleza”*.

En el evangelio, Lucas se encarga de hacernos saber que, al igual que el posible receptor de su obra, todos somos, ilustres e “hijos amados de Dios” (*Teófilos*), llamados a recibir la misericordia de Dios. Esa debió ser la intencionalidad de Jesús al buscar y proclamar el texto de Isaías en el que se anuncia la liberación de los necesitados y desvalidos del pueblo, a través de la misión de su Mesías. El vecino, hijo del carpintero, ha regresado a Nazaret, actuando “con la fuerza del Espíritu Santo”. Él es el portador y el realizador *de la Buena Noticia anunciada a los pobres;* su misión es la de *“anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista...”* Y, por si ese aspecto liberador no ha quedado claro, el texto repite: *“Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor”*. La descripción de las situaciones de esclavitud responde a realidades que nos atañen…

Pero, solo una comunidad que ha recibido el mismo bautismo del Señor y se encuentra movida por el mismo Espíritu Santo, puede comprender el mensaje y no escandalizarse del mensajero. No basta, pues, tener los ojos fijos en el que es *el rostro de la misericordia del Padre, Jesucristo;* hemos de ser una comunidad que siente con él, con-*padece* con él y se hace cargo como él de las esclavitudes del mundo, para liberarlas. La Iglesia, enriquecida con los dones plurales del Espíritu, sigue llamada a formar *“un solo cuerpo”* que genere en el mundo la alegría y la esperanza que provocan el saberse hombres y mujeres a los que Dios mira y atiende, de los que Dios se hace cargo, a los que Dios anuncia la liberación.

***Trinidad León Martín, mc***